***RETIRO:***

***María, la mujer que nos abre la “puerta” del adviento***

******

 ***Elaboración de Sor Trinidad León Martín***

***Provincia ntra. Sra. de las mercedes***

 ***Granada***

***María, la mujer que nos abre la “puerta” del adviento***

**Introducción**

Entrad por sus puertas con acción de gracias, por sus atrios con himnos; Alabadle, bendecid su nombre. Porque el Señor es bueno; para siempre es su misericordia, y su verdad por todas las generaciones (Salmo 100,4)

La puerta es un elemento muy presente en nuestra vida; es un límite, es verdad; pero también permite el paso si está abierta. Una puerta invita a la llamada y también a entrar en algo que nos parece misterioso, que nos atrae; no sabemos qué vamos encontrar detrás de ella... Cuando esa puerta se abre el misterio se manifiesta y viene a nosotros. La puerta es posibilidad de encuentro.

**I. LA “PUERTA SANTA” un símbolo para expresar la fe**

En la fe, la puerta no tiene otro sentido que el del encuentro: el Hijo de Dios es la Puerta por la que entramos en las Moradas del Padre y a la vez, desde la dimensión histórica, María, nuestra Hermana, Madre y Maestra, es la puerta que permite la entrada al mundo al Dios hecho carne en su seno virginal por la fuerza del Espíritu Santo. De esto vamos a tratar y orar en este día de retiro: del sentido que tiene el símbolo de la puerta al finalizar el Año del *Jubileo de la Misericordia* y al dar paso al Tiempo de Adviento.

Nos ponemos en presencia de Dios para que su Espíritu nos abra las puertas del corazón y nos disponga al Encuentro con Él…

* **La puerta, un símbolo religioso universal y bíblico**

En la Biblia las puertas por las que entra el rey al templo o al palacio real simbolizan su poder, un poder que es propio de Dios o derivado de Dios. Así lo expresa el salmo 24:

*… Elevad, puertas, vuestros dinteles;
levantaos, puertas antiguas,
que va a entrar el Rey de la gloria.*

*¿Quién es este Rey de la gloria?
El Señor, el fuerte y valiente,
el Señor, el valiente guerrero.**Elevad, puertas, vuestros dinteles;
levantaos, puertas antiguas,
que va a entrar el Rey de la gloria.**¿Quién es este Rey de la gloria?
Es el Señor \*Todopoderoso;
¡él es el Rey de la gloria!* **(vv 7-10)**

Este canto entonado por los peregrinos y habitantes de la ciudad santa, Jerusalén, resonaba ante el Templo y al entonarlo nos sitúa entre los gozosos creyentes que se disponen, después de una larga y complicada travesía (eso es la vida) a presentarnos ante el Señor de toda la creación, de la historia y de cada uno/a de nosotros. Dios viene a nosotros que somos criaturas suyas hechas a su “imagen y semejanza”; Dios, que abre las puertas de su Santuario, quiere encontrarnos con las puertas del corazón abiertas, alzados los dinteles, para entablar con nosotros una relación de profunda comunión. No le pongamos obstáculos, abramos ante su gloria todas las puertas que puedan impedir o dificultar su llegada.

La “puerta” tiene un gran simbolismo en cualquier religión antigua.

- En las religiones orientales y en Mesopotamia se mencionan las *puertas del cielo* y del *mundo subterráneo.*

-Los egipcios guardaban las puertas de los templos con figuras de leones, símbolos del poder y advertencia de que no todos ni de cualquier manera, pueden entrar en ese recinto sagrado.

-Los romanos, que tenían un Dios para cada cosa, tenían incluso un dios guardián de las puertas, que se representaba con dos caras, como significando un antes y un después de atravesar el templo y de encontrarse ante la presencia sagrada: ese dios era *Jano* (de donde viene *ianuarius*, enero, y también *ianua,* puerta).

El referente más claro en las tres religiones del libro (Judaísmo, Cristianismo e Islam) lo encontramos en la Biblia y mira concretamente a las puertas de Jerusalén, la ciudad santa con puertas antiguas (Sal 24, 7ss) a las que Yahveh ama particularmente (Sal 87) porque él mismo las ha consolidado (Sal 147, 13). El peregrino que las franquea tiene la sensación de estar en unidad y vivir la paz (Sal 122).

* **La puerta verdadera: Jesucristo, Dios encarnado entre nosotros**

En el Nuevo Testamento se desarrolla el sentido de la puerta como acceso a la felicidad eterna, al cielo o reino de Dios. El reino que Jesús proclama y hace presente, sufre violencia y en él tienen entrada los que se han esforzado por vivir de acuerdo a sus bienaventuranzas.

- La puerta es símbolo de la salvación, pero también de juicio, como se lee en la parábola de las vírgenes prudentes y las necias **(cf. Mt 25, 1-12).**

-“Esforzaos para entrar por la puerta angosta” **(Lc 13, 24),** exhorta Jesús, no vaya a ser que el dueño de la casa entre y cierre la puerta, y aunque la golpeéis, al que se quede fuera él no lo reconocerá.

- El Señor no fuerza nunca la puerta para entrar en nuestra intimidad, pide permiso, espera. Así lo dice en el libro del Apocalipsis: “Yo estoy a la puerta y llamo. Si alguien oye mi voz y me abre, entraré en su casa y cenaremos juntos” **(Apc. 3,20).**

- Hacia el final del mismo libro se profetiza sobre la futura *Ciudad de Dios*: “Sus puertas no se cerrarán durante el día”, es decir, para siempre, porque “no existirá la noche en ella” **(Apoc 21, 25).**

- Jesús se identifica con la puerta que da acceso al reino de Dios: “Yo soy la puerta” **(Juan 10: 7**) y deja claro que nadie puede ir al Padre, sino por medio de Él, es decir, entrando por esta Puerta y permaneciendo con él.

En su audiencia general del 18 de noviembre del 2015, antes de inaugurar el *Jubileo Extraordinario de la Misericordia*, el Papa Francisco explicó el significado de “la puerta de la Misericordia de Dios”. Refiriéndose a la Puerta Santa de la basílica de San Pedro en el Vaticano, que permaneció abierta durante el Año Jubilar, para invitarnos a pasar bajo ese signo repetido en cada iglesia, o pequeña capilla cristiana, y sobre todo, para exhortarnos a la conversión personal y también a la acogida y al perdón hacia los demás.

* **Simbolismo antropológico de la puerta**

Clausurada la “puerta santa”, simbólicamente, es bueno preguntarnos por el contenido que el mismo símbolo encierra, más aún cuando estamos a punto de abrir el Tiempo Fuerte de Adviento, que no solo simboliza sino que hace presente una gran realidad: la Encarnación del Verbo en el seno virgen de María.

El Papa desea llevar el significado de la puerta hasta su mismo centro: la persona de Jesús: “Él nos ilumina en todas las puertas de la vida, incluso aquella de nuestro nacimiento y de nuestra muerte. Él mismo ha afirmado**:** “Yo soy la puerta. El que entra por mí se salvará; podrá entrar y salir, y encontrará su alimento” **(Jn 10, 9)”.** Esa es la finalidad que lleva el acercamiento a una puerta: *llamar*, *entrar*, *compartir* el alimento, es decir, la vida con Aquel que ha visto a ser la Puerta de entrada a la Vida en Dios.

Jesucristo, Dios encarnado y verdadero hombre, es la puerta por la que se puede entrar y salir con libertad. ¡Porque el aprisco del rebaño de Dios es un lugar de acogida y amparo, no una prisión! La casa de Dios es lugar de encuentro y está abierta a todos los que deseen de corazón entrar por ella. Los ladrones tratan de evitar la puerta, a causa de sus malas intenciones, en cambio Jesús es la puerta verdadera y su voz nos es familiar, la seguimos confiadamente. Estando con él sentimos que estamos salvados, podemos entrar y salir con libertad, sin peligro.

Sigue diciendo Francisco: “La puerta debe custodiar, cierto, pero no rechazar. La puerta no debe ser forzada, al contrario, se pide permiso, porque la hospitalidad resplandece en la libertad de la acogida, y se oscurece en la prepotencia de la invasión. La puerta se abre frecuentemente, para ver si afuera hay alguien que espera, y tal vez no tiene la valentía, o ni siquiera la fuerza de tocar”. Y mirando nuestra situación actual, la de los cristianos y de la Iglesia, exclama: “¡Cuánta gente ha perdido la confianza, no tiene la valentía de llamar a la puerta de nuestro corazón cristiano, las puertas de nuestras iglesias, que están ahí! No tienen la valentía, les hemos quitado la confianza”.

* **La puerta, símbolo de la Iglesia**

La vida contemporánea –dice el Papa– ha traído la necesidad de cerrar, o incluso blindar muchas puertas. Pero no sería bueno extender eso a toda nuestra vida, en la familia y en la ciudad, en la sociedad y en la Iglesia: “Una Iglesia que no es *hospital*, así como una familia cerrada en sí misma, mortifica el Evangelio y marchita al mundo.” Así pues: “¡Nada de puertas blindadas en la Iglesia, nada, todo abierto!”. Ojalá fura posible hacerlo… Debemos intentarlo, al menos.

El Papa exhorta a que las iglesias mantengan sus puertas abiertas para aquellos que quieren entrar en ellas…, aprovecha su discurso sobre el significado de *la puerta santa* para agradecer el trabajo de los que guardan las puertas en las iglesias y en otras instituciones eclesiales, porque son capaces, por su prudencia y amabilidad, con su sonrisa, de ofrecer una imagen de humanidad y de acogida. Esos guardianes están puestos para facilitar que se abra la “puerta de la fe” **(Hch 14, 27)** en el camino de la salvación; para que todos puedan recibir el anuncio del Evangelio, como puerta de la palabra o de la predicación **(cf. Col 4, 3).**

La Iglesia en su conjunto, es también “guardiana” de la fe. La iglesia, siendo guardiana, no elige a las ovejas ni las trae, son todas invitadas y elegidas por su Señor y Pastor. Por eso el Papa invita a que las comunidades y de manera especial “las familias cristianas hagan del umbral de sus casas un pequeño gran signo de la Puerta de la misericordia y de la acogida de Dios”. “Es así –concluye el Papa– como la Iglesia deberá ser reconocida, en cada rincón de la tierra: como la custodia de un Dios que toca, como la acogida de un Dios que no te cierra la puerta en la cara, con la excusa que no eres de casa”.

La Puerta Santa que se abrió en el Vaticano el 8 de diciembre del 2016 y que se ha cerrado el 20 de noviembre de este mismo año, evoca la puerta de la gran Misericordia de Dios, la cual, al contrario de los símbolos, nunca se cerrará. Evoca también la puerta de nuestro corazón, que ha de permanecer siempre abiertas para recibir a todos. De nuevo con palabras del Papa, “tanto para recibir el perdón de Dios como para dar nuestro perdón y acoger a todos los que llaman a nuestra puerta".

* **El ADVIENTO como Presencia anunciada**

Llegadas a este punto podemos presentar el “Adviento” como lo que realmente significa. Este término dice algo más que “espera”, como generalmente pensamos, pero mucho más que espera es “presencia”. Si nos remitimos al sentido de la palabra griega *parusía*, vemos que significa “presencia”, o mejor dicho, “llegada”, es decir, *presencia que anuncia su llegada*. En la antigüedad el término “parusía” se usaba para designar la llegada inminente a la ciudad de un rey o señor importante. Para los cristianos, el Adviento significa la presencia anunciada de Dios a su creación. Él es el rey del Universo, su Creador y Señor. El anuncio de su llegada es permanente y corresponde a cada generación de creyentes el estar alerta, a la espera.

El anuncio del Adviento nos recuerda que la presencia de Dios en el mundo ya ha comenzado, pero, a la vez, que esa presencia de Dios en el mundo todavía no es plena, sino que está en proceso de llegada y necesita prepararse. Nosotros debemos prepararnos para recibirla. Las palabras de Jesús aún están en vigor: “El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio.” **(Mc 1,14).**

La Presencia ya está en medio de nosotros, y somos nosotros, los creyentes, quienes hemos de hacerlo presente en el mundo. Por medio de nuestra fe, esperanza y amor es como Dios quiere hacer brillar la luz continuamente en la noche del mundo. Una noche que pretende ser iluminada desde fuera, con carteles de neón y miles de farolas y bombillas… Eso no cuela. No nos sirven las luces artificiales para alumbrar la oscuridad del alma, del corazón y de la sociedad.

El *encuentro* que se produjo en la noche de Belén entre Dios y la humanidad ha de ser en nosotros encuentro permanente. Aquella manifestación de la Luz fue obvia para los pequeños, la gente que miraba al cielo y veían las estrellas, no solo la oscuridad. Dejándose llevar por ellas, descubrieron al Salvador del mundo. Lo que aconteció aquella noche es nuevamente un «hoy»; cada vez que un ser humano permite que la luz del bien haga desaparecer en él las tinieblas del egoísmo, de la soberbia, de la ambición, de la violencia… nace Dios.

Dios está llegando, ¡es Adviento! Allí donde se actúa por inspiración del amor, donde se hace algo más que intercambiar regalos materiales y se abren las puertas de la misericordia a todos los que nos rodean, al mundo entero se vive lo más auténtico del Adviento. Como ha dicho algún comentarista “Adviento significa presencia de Dios ya comenzada, pero también *tan sólo comenzada*.” Esto significa que los hombres y mujeres que tenemos nuestra mirada puesta en Jesucristo y que hemos renacido a la vida en Dios por su Espíritu, no miramos solamente a lo presente o lo que ha pasado, sino también a lo que está por venir. Somos la Iglesia de las puertas abiertas al ADVIENTO a la Presencia Plena de Dios en la *Parusía* final.

En medio de todas las desgracias del mundo tenemos la certeza de que la *Puerta* que da acceso a la Luz verdadera que es Cristo sigue abierta, por muy oculta que parezca a los ojos del mundo. Sabemos que un día el bien triunfará definitivamente y todo le estará sometido, como advierte san Pablo, el día que Cristo vuelva será para poner todo lo creado en manos de Dios **(Cf 1Cor 15,20-28).**

**II. María, la “puerta” por la que nos llega la salvación: Jesucristo**

“El hombre me hizo regresar por la puerta exterior del templo, la que daba al oriente, pero estaba cerrada. Allí el Señor me dijo: «Esta puerta quedará cerrada. No se abrirá, y nadie deberá entrar por ella. Deberá quedar cerrada porque por ella ha entrado el Señor, Dios de Israel. Tan sólo el príncipe podrá sentarse junto a la puerta para comer en presencia del Señor. Deberá entrar por el vestíbulo de la puerta, y salir por el mismo lugar.” **(cf. Ez 44, 1-3).**

La puerta del templo que vio Ezequiel, al oriente, estaba cerrada**,** en espera de Aquél que ha de venir y pasar por ella. La puerta imaginada por el profeta bien podríamos referirla a María “virgen” a través de la cual nos llega el Señor de los tiempos y de la historia. Con Jesucristo, la puerta permanece abierta para que todos los que lo deseen entren por ella.

San Ambrosio, obispo de Milán (340-397) dice que la puerta señalada por el profeta Ezequiel representa a María, porque por ella entró al mundo Cristo, sol de justicia, príncipe de la paz *(cf. De Virg. VII).* Jesucristo es el único que ha sido llamado a entrar por esa puerta al mundo, permaneciendo en la Presencia de Dios, compartiendo con Él la Divinidad plena.

El cardenal John Henry Newman (Londres 21 de febrero de 1801 - Birmingham, 11 de agosto de 1890, un presbítero anglicano convertido al catolicismo en 1845), dijo que *María es puerta del cielo***,** porque por ella pasó el Señor del cielo a la tierra. Afirmaba que el papel de María en el Plan de la salvación no fue simplemente el de un instrumento pasivo, por el contrario, sí al plan de Dios fue pronunciado con plena conciencia de su mente y consentimiento de su corazón, al Amor que le pedía ser Madre del Hijo de Dios. El símbolo de “puerta del cielo” aplicado a María expresa, pues, el papel *mediador* de María en la Salvación. Ella asumió el más alto de los dones junto con el más difícil de los deberes, como se manifestó al pie de la Cruz. “Fue por su consentimiento como se convirtió en la Puerta del Cielo”*(John H. Newman, Meditations on the Litany of Loretto, II, 4: Janua coeli).*

Desde el primer momento de la Encarnación, María se supo portadora de un don extraordinario, por eso corre a compartirlo con alguien que, habiendo recibido de Dios la gracia de concebir de manera extraordinaria, en la vejez, podía comprenderla, Isabel de Aín Karín. Isabel, movida por el mismo Espíritu que hizo saltar de gozo al hijo que llevaba en su vientre, reconoce que tiene ente ella a la madre de su Señor. En realidad, es la Iglesia naciente la que proclama a María madre en esas circunstancias tan asombrosas. Y María no se calla ni guarda para sí un don tan grande, lo proclama con gozo. “Se alegra mi espíritu en Dios mis Salvador,… porque el Poderoso ha hecho obras grandes en mi pequeñez…” **(Lc 1, 39-56).**

* **María como Puerta que se abre a la Presencia de Dios: Adviento**

María es una “Puerta” personal, humana. En ella toda la humanidad se abre a la Presencia de la

Divinidad y aguarda esperanzada la llegada de su Señor. La persona de María es, para cada uno de nosotros, un programa de vida en la fe.

La vida en la fe implica tomar conciencia de esa Puerta, y decidirse a abrirla y mantenerla abierta La forma más perfecta de vivir la *conversión* de un alma es justamente la decisión de abrir la puerta de nuestro corazón a la Luz que espera del otro lado. Y ella lo hizo así. Por eso María es la puerta que nos trae la Salvación a este mundo: Dios hecho hombre en su Verbo. Ella, con su *complicidad* en el Plan de Dios es la que permite el paso de Dios hacia nosotros y el encuentro de nosotros con el que es la Puerta de la Salvación: JESUCRISTO.

Dios nos espera tras la puerta, nos aguarda con su promesa de Salvación, con Su Palabra y su anuncio de la llegada del Reino. La Puerta nos conduce a la Presencia, a la promesa de habitar en la Casa del Padre. Mientras vivimos nos mueve el deseo de ingresar a ese castillo donde moraremos felices por toda la eternidad. Por nuestra parte es *espera* y por parte de Dios es “Presencia que está viniendo”, llegada. En definitiva: ADVIENTO.

* **ADVIENTO como *preparación* gozosa a la llegada de Dios**

El Adviento que vivimos ahora es “*recuerdo*”, pero recordar no es solo traer a la mente algo pasado sino algo mucho más profundo: *“re” “corda”,* recordar, es traer al corazón la Llegada definitiva que esperamos en la fe. Sabemos que la presencia de Dios, que acaba de comenzar, será un día presencia total. Y esta certeza nos hace ahora personas libres y esperanzadas, dispuestas a convertir nuestra casa en algo digo de su Señor. Pablo escribió a los cristianos en Roma:

“La noche va muy avanzada y se acerca ya el día. Despojémonos, pues, de las obras de las tinieblas y vistamos las armas de la luz. Andemos decentemente y como de día, no viviendo en comilonas y borracheras, ni en amancebamientos y libertinajes, ni en querellas y envidias, antes vestíos del Señor Jesucristo...” **(Rm 13, 11-14).**

No sabía Pablo de Tarso que XXI siglos después sus palabras seguirían siendo poco correctas y molestas para muchos, pero extraordinariamente actuales dentro de nuestra sociedad re-paganizada... Según el pensamiento del apóstol, Adviento significa ponerse en pie, despertar, sacudirse del sueño. Con términos como “comilonas, borracheras, amancebamientos y querellas” Pablo de Tarso expresa claramente lo que entiende por “noche” y por “sueño”: ese estado en el que no vemos la realidad con claridad y andamos como personas entontecidas...

Puede que sea algo muy actual, pero no es nada nuevo: en la antigua Roma ya existían esas diversiones donde se rinde culto a la bestialidad extrema. Y mucho antes, en todas las culturas conocidas, los desenfrenos sexuales, las comilonas nocturnas, los botellones interminables, con todo lo que acarrean, son la expresión brutal de lo que significa la *noche* y el *sueño* del hombre.

Esos banquetes se convierten para Pablo en imagen del mundo pagano en general que, viviendo de espaldas a la vocación humana del amor y la concordia, se hunde en lo material y permanece en la oscuridad. ¿Mostraba Pablo, hace dos mil años, el paganismo de nuestra cultura actual? ¿Representan sus palabras nuestro modo de estar ciegos y sordos ante las grandes tragedias de nuestro mundo: hambre, violencia contra los más débiles, trata de personas, guerras…?

Sin duda, en estas circunstancias, despertarse del sueño significa revelarse contra la indiferencia del mundo y de nuestra época, sacudirnos, con valor, del sueño que nos invita a desentendernos de nuestra vocación humana y divina. Estar despiertos para amar a Dios y a los demás, para prepararle un hospedaje digno y jovial: he ahí el tipo de vigilancia a la que se refiere el Adviento, la vigilancia que descubre la luz y proporciona más claridad al mundo.

* **María, figura esencial del adviento**



Adviento es tiempo propicio para aprender el arte de la acogida esperanzada y gozosa. Hemos aprendido que el Adviento es siempre preparación para el encuentro, conversión, tiempo de la palabra que penetra el silencio y lo llena de sentido gozoso.

María, sin ser ella misma el centro de este Tiempo litúrgico es, sin duda, la persona que mejor lo expresa y que mejor lo vive y nos enseña a vivirlo. Ella acoge con sencillez y disponibilidad total el actuar de Dios, que la desborda y la inunda de vida divina. En sus labios, en sus entrañas, resuena la música de la confianza y de la entrega, dos actitudes que se traducen en una palabra que teje todo su ser: “hágase”.

La fe de María pone en camino al Dios Salvador, ella se convierte en la *Puerta* de entrada de Dios hacia el pueblo. En ella el Dios que ha escuchado el grito de los pobres y sus lamentos **(Ex 3),** el Dios que, cansado de los malos pastores se hace el Pastor de su pueblo **(Ez 34)** cumple sus promesas y se hace Presencia liberadora y misericordiosa **(Jn 10).**

Todo lo que podemos decir de María se nos queda demasiado pobre, corto de expresión, aniñado y como sin sentido… Y sin embargo, llega un momento, como este de Adviento, en que no es posible callar nada sobre ella. Las mismas circunstancias de la clausura del Año Jubilar extraordinario de la Misericordia nos empujan a pensar en María y tratar de descubrir en ella lo más profundo del símbolo: Ver en ella la *puerta santa* que permite el acceso de la Divinidad a la Humanidad, admirar y el encuentro místico de ambas realidades, tan distintas y tan iguales, por voluntad de Dios.

* **Las virtudes teologales en el adviento de María**

El Adviento de la Virgen María está marcado por las tres grandes virtudes teologales; la fe, la esperanza y el amor. Nuestras Constituciones y muchos otros documentos congregacionales subrayan con fuerza la idea de la condición teologal de nuestra vida consagrada, vivida a la luz de estas virtudes que nos unen directamente con Dios.

La Fe es la virtud por la cual creemos firmemente en las verdades que Dios ha revelado, pero más esencialmente en Él. Creer implica siempre una renuncia a lo propio para aceptar la medida de Dios, que es infinitamente superior a la nuestra. En esto, como en todo lo que se refiere a nuestra vida de cara a Dios, no existe modelo más perfecto para los creyentes que María de Nazaret. Según el Evangelista San Lucas, la vida de la Virgen María se mueve exclusivamente en el ámbito de la fe **(Lc 1-2)**. La llamada que María recibe de parte de Dios, es una llamada sentida desde sus propias entrañas de mujer para entregarse totalmente al Plan de Dios: **“Alégrate, María, llena de gracia, el Señor está contigo” (Lc. 1,18) requiere de ella una apertura total al Misterio.**

María se turbó ante las palabras que le dirige el ángel mensajero, porque la invita a darse cuenta de lo privilegiada y lo sublime que es la elección de Dios hacia ella. **Solo la fe le permite aceptar lo que el ángel le dice que entra en el plan de Dios, pero no podría, obviamente entrar en sus propios planes, si bien la fe mantenida por su pueblo hacía que cada mujer del mismo pudiera estar advertida de llegar a ser la “madre del Mesías”, pero, ¿cómo pensar que podría ser ella…?.**

La pregunta de María: “¿y cómo será esto pues no conozco varón?” no es una duda, o falta de fe, sino la constatación de una realidad. Es imposible para ella llevar a cabo esa misión que se le anuncia. Pero este camino de la imposibilidad es el que Dios elige para demostrar que en realidad para Él todo es posible. Por eso su respuesta es como una puerta que se abre totalmente ante una llamada urgente: “He aquí la esclava del Señor” es una profunda confesión de humildad y obediencia, la confianza total en la palabra de Dios, porque no encontrará obstáculo en su corazón. En medio de la natural incomprensión de la razón, María se abre para aceptar de manera absoluta la palabra creadora: “la Palabra se hizo carne”. San Agustín tenía razón cuando advertía que: “Ella concibió primero en su corazón (por la fe) y después en su vientre”.

**Cuando María dijo: “Hágase en mí según tu Palabra”, dio su consentimiento no solo a recibir al Niño, sino a todo lo que conllevaba el ser la Madre del Salvador.** Este consentimiento de María pone de relieve la calidad excepcional de su acto de fe. En el Cantico del Magníficat Isabel dice a la Virgen María: “Bienaventurada por haber creído que se cumplirá lo que te fue anunciado de parte del Señor” **(Lc. 2, 45),** e inmediatamente después María responde a ese reconocimiento de su fe, con el cántico del Magníficat, en el que hace una memoria viva de toda la historia de la salvación vivida en relación de amor misericordioso y fiel de Dios con su pueblo y especialmente con ella.

* **La Puerta abierta de la Esperanza**

María es la puerta abierta de la esperanza. Ella abre el Adviento y lo entrega a todos los que están dispuestos para acogerlo. Ya antes de que el arcángel la visitara en Nazaret, María esperaba como fiel israelita, con fe mesiánica, la venida del Redentor. Si las Escrituras nos dicen que Simeón “esperaba la consolación de Israel” y que José de Arimatea “esperaba el reino de Dios”, podemos imaginarnos como María de Nazaret esperaba ardientemente al Mesías. Desde el momento que María dio su consentimiento al anuncio del ángel, ella espera ver con sus propios ojos la plenitud de la promesa hecha por el ángel. La esperanza de María se centra en la Presencia que ella misma porta en su seno.

A partir de aquel momento de la anunciación empezó en María una nueva espera. Ya estaba llena de Dios por dentro; pero quería estarlo también por fuera. Es, imaginamos, la misma situación que viven las mujeres embarazadas a la espera del hijo, pero ¡con cuanta mayor ansiedad María, sabiendo que el suyos era el mismo Hijo del Altísimo…! Por eso María esperaba con tan firme esperanza. Y a medida que se acercaba el día y la hora, aumentaba en María, el ansia y el deseo de la llegada del Mesías.

*“Los fieles, considerando el amor inefable con que la Virgen madre esperó a su Hijo, están invitados a tomarla como modelo y a prepararse a salir al encuentro del Salvador que viene, velando en oración y cantando su alabanza”*(misal romano, prefacio de Adviento).

* **La caridad de María es Adviento vivo**

La espera de María está llena de *amor de caridad*: de deseos de entrega. No era egoísta, no se basaba en la expectación de su hijo, simplemente, sino de la llegada al mundo del Mesías tan esperado de generación en generación, el Salvador del mundo. Desde el principio hasta el final, María tendrá siempre una disposición interior de caridad y pobreza: nunca poseyendo al hijo sino entregándolo. Ella es consciente que el Hijo de Dios vendrá para el mundo y no para que ella se lo apropie, lo goce y lo disfrute... Muy bien decía nuestro Fundador que “el alma de María se alimentaba de amor”, pues en ella el amor prevalecía siempre.

**La puerta del Adviento que es María, es también una puerta abierta a todo lo que la encarnación del Hijo de Dios supone: preparación al sufrimiento, una preparación para el rechazo, el establo, la vida en pobreza, afrontando el martirio de los inocentes, y huyendo a Egipto para salvarle, sin saber cuándo regresarían, afrontando la perdida de Jesús en el templo hasta encontrarlo, sin comprender del todo sus palabras ni su manera de actuar; preparación para la separación a la hora de comenzar Jesús su vida pública, para recorrer al lado de su hijo el camino del discipulado y de la cruz; preparación para esperar la Resurrección, para separarse de él en su Ascensión y esperar por el momento en que se reunieran en el cielo.**

**El suyo fue un camino muy similar al de cualquier persona creyente de hoy en día. Más aún si son creyentes de los pueblos perseguidos y martirizados de Siria, Egipto, Irak… Solo el amor puede mantener en pie la fe y la esperanza. Sabemos que el amor a Dios y el amor a los hermanos es lo que, como a María, mantiene hoy en la fe a los cristianos de esos pueblos; ellos son un testimonio de lo que la fe nos propone vivir.**

**La pregunta hoy, para nosotras, podría ser de este estilo:**

* ***¿Vivimos las virtudes teologales al estilo de María?***
* ***¿Cuál es nuestra actitud ante el Adviento, se parece a la suya?***
* ***¿Somos realmente testimonio para el mundo del reino de Dios, de su “Presencia en el mundo?***
* ***¿Somos “puerta” para que llegue la Salvación al mundo?***

**Descubramos esa medida, ese cómo, en cosas sencillas y prácticas, de cada día.**

**Oración en común**

**Canto de ambientación:** (uno apropiado)

**Lectura**: ***Lucas 1, 26-38***

A los seis meses, Dios envió al ángel Gabriel a Nazaret, pueblo de Galilea,  a visitar a una joven virgen comprometida para casarse con un hombre que se llamaba José, descendiente de David. La virgen se llamaba María.  El ángel se acercó a ella y le dijo: —¡Alégrate, tú que has recibido el favor de Dios! El Señor está contigo.

Ante estas palabras, María se turbó, y se preguntaba qué podría significar este saludo.

—No tengas miedo, María; Dios te ha concedido su favor —le dijo el ángel—. Concebirás y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús.  Él será un gran hombre, y lo llamarán Hijo del Altísimo. Dios el Señor le dará el trono de su padre David, y reinará sobre el pueblo de Jacob para siempre. Su reinado no tendrá fin.

—¿Cómo podrá suceder esto —le preguntó María al ángel—, puesto que soy virgen?

—El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Así que al santo niño que va a nacer lo llamarán Hijo de Dios. También tu parienta Elisabeth va a tener un hijo en su vejez; de hecho, la que decían que era estéril ya está en el sexto mes de embarazo. Porque para Dios no hay nada imposible. —Aquí está la sierva del Señor —contestó María—. Que él haga conmigo como me has dicho. Después de esto, el ángel la dejó.

**Salmo de profundización (recitado en forma pausada)**

Del Señor es el mundo entero,
con todo lo que en él hay,
con todo lo que en él vive.

Porque el Señor puso las bases de la tierra
y la afirmó sobre los mares y los ríos.
¿Quién puede subir al monte del Señor?
¿Quién puede permanecer en su santo templo?

El que tiene las manos y la mente
limpias de todo pecado;
el que no adora ídolos
ni hace juramentos falsos.

El Señor, su Dios y Salvador,
lo bendecirá y le hará justicia.
Así deben ser los que buscan al Señor,
los que buscan la presencia del Dios de Jacob.

¡Ábranse, puertas eternas!
¡Quédense abiertas de par en par,
y entrará el Rey de la gloria!

¿Quién es este Rey de la gloria?
¡Es el Señor, el fuerte y valiente!
¡Es el Señor, valiente en la batalla!

¡Ábranse, puertas eternas!

¡Quédense abiertas de par en par,
y entrará el Rey de la gloria!
¿Quién es este Rey de la gloria?
¡Es el Señor todopoderoso!
¡Él es el Rey de la gloria!

**Reflexión:**

**Hagamos** conciencia del mensaje escuchado en el evangelio de Lucas y en el salmo (minutos de silencio)

**Lectura pausada:**

Adviento se convierte a través de María en verdadera Presencia. Nuestra espera se asemeja a la de ella y la gestación del Hijo de Dios, nuestro Hermano, en la condición humana, que asume por propia iniciativa y sin que haya nada que pueda empujarle a hacerlo, es gestación continua de la salvación del mundo.

Con el Hijo de Dios habitando entre nosotros, nada puede sernos indiferente: ni lo divino ni lo humano. Pero todo está aún por llegar a su plenitud, a su *Parusía* final. Por eso Adviento es espera activa de Alguien que está ya a la puerta, llamando y dispuesto a entrar, si nosotros lo dejamos…

**Dios interviene en la historia de la humanidad pasando a través de la puerta de la mediación materna de María.** A través de ella viene el Redentor al mundo. Es Ella quien lo trae, presenta y lo entrega al mundo. Y así seguirá ejerciendo este rol de mediación de generación en generación. Ella es instrumento de la Encarnación, su *SÍ* ha sido fundamental. San Bernardo dijo: “nunca la historia del hombre dependió tanto, como entonces, del consentimiento de la criatura humana”. **No podemos vivir plenamente el Adviento sin dirigir la mirada al primer  personaje que lo vive. Ella ha sido preparada por Dios para esperar, para abrir el camino al Salvador, para alzar todas las puertas y levantar todos los dinteles que impedían ver la Presencia divina en la historia. Por eso María es nuestra Madre en la fe y nuestro Modelo a seguir.**

* **¿A quiénes cierras las puertas de tu corazón? ¿Eres consciente de que al cerrarte a la relación con otras personas te cierras al mismo Dios?**
* **¿Cuáles son *las puertas* que mantenemos cerradas y debemos abrir para que entre en nuestro corazón y en el corazón del mundo el Señor?**
* **¿Qué cosas cambiarían si nuestro mundo no mantuviera cerradas las puertas para los que son diferentes, pertenecen a otras culturas, a otras razas, a otros credos religiosos…?**

**Oración en silencio**

* **Intervenciones espontaneas**  

**Oración final:**

Descúbrenos la alegría de la paciente espera,
activa y fecunda, comprometida por la vida
de los que nos rodean.
Enséñanos a hacer crecer la esperanza de algo nuevo,
anímanos a entregar nuestras vidas
para la construcción del Reino.

Es tiempo de espera y de preparación, Señor,
pero también es tiempo de donación
y compromiso efectivo. De testimonio ardiente.

Contágianos la fe sencilla de María,
que dio su vida para alumbrar el Reino
y hacer nacer tu Presencia en nuestro suelo.

**Canto de despedida: *“Tiempo de espera”,* (u otro apropiado).**